

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS

TOMO 1.º

ENERO-MARZO DE 1950

NÚM. 1.º

A nuestros lectores

Entre todas las culturas de la Historia ninguna ha interpretado tan fiel y definitivamente el instinto europeo del orden, perfección y armonía como la helénica. Grecia ha sido la educadora de Europa en el aspecto natural, así como el Cristianismo—injerto brioso en las raíces helénicas, según frase de Pío XII (Ecclesia, 24 abril 1948, p. 6)—lo ha sido en el orden sobrenatural. Esta cultura helénica fué aceptada por la Roma pagana y, cristianizada luego por la Iglesia, que la esparció en su marcha triunfal, sembradora de pueblos y nacionalidades, por Europa, Africa y América.

Fué precisamente un Apóstol, primer humanista del Cristianismo, el que vinculó, de una vez para siempre, el pensamiento cristiano a la cultura helénica; el que mostró en sus sublimes Epístolas y en su actuación constante que la πίστις y la γνῶσις, la Fe y la ciencia, lejos de excluirse se complementan fecundamente, como dos círculos concéntricos cuyo foco luminoso se encuentra en Cristo.

La Iglesia recogió con cariño este precioso legado del Apóstol de los «Griegos»—según llama a San Pablo el original neotestamentario (véase Act, 16, 9, etc.)—y lo cultivó con esmero en una tradición ininterrumpida de aristócratas intelectuales que, pasando por Clemente Alejandrino, Basilio, Gregorio Nacianceno; Agustín, Jerónimo, León Magno, Ambrosio, Prudencio e Isidoro... salvaron la civilización antigua para las generaciones futuras, sin distinción de razas ni credos.

Fué la Iglesia, en efecto, la que, por medio de sus escuelas monásticas y catedralicias, confió a pergaminos medievales lo mismo la palabra del Evangelio, portadora de armonías celestes al alma, que los ritmos eternos de Homero y de Virgilio. Fué asimismo la Iglesia la que—desde el español San Dámaso hasta el inmortal León XIII—

ha hecho ascender a la cátedra infalible del Espíritu Santo a muchos Supremos Jerarcas suyos, Pontífices de Cristo y de las Musas, ceñidas las sienes con la tiara pontificia y con guirnalda de délfico lauro. Ha sido también Ella la que, con gesto asombrosamente universal y ecuménico, ha abierto junto al templo más grande de la cristiandad—donde se rinde soberana latría al Dios verdadero—museos suntuosos en que albergar a las divinidades, fugitivas de Hélade y el Lacio ante los rayos de luz del Cristo vencedor, a fin de que allí reciban el culto paralelo de suprema admiración estética.

¿Qué pretendemos en el momento actual? Vivir intensamente esta tradición católica, que para nosotros es una consigna y un testamento humano, junto al Testamento divino, en sentir de Clemente de Alejandría. Investigar las riquezas inexhaustas de este patrimonio y hacer participantes de ellas, con mano larga, a todos nuestros hermanos. Pero todo esto vivificado por la gracia de Cristo, causa de toda perfección y belleza, prototipo ideal del hombre y fuente de todo humanismo auténtico. Sólo en Cristo—a quien el Evangelista vió redundante de gracia y de verdad—puede cumplirse la tan manoseada sentencia de Protágoras de que «el hombre es la medida de todas las cosas».

Y es precisamente en Salamanca—cuyo nombre helénico y romano titula a nuestra publicación—donde «congregavit nos in unum Christi amor», como canta con tonada lidia la liturgia emocionada del Jueves Santo. En este campo salmanticense, ciudad universitaria de la España grande, brotó una floración espléndida de humanistas insignes—y basten por todos los nombres de Nebrija y Fray Luis de León—que, transformados en constelación, iluminan con fulgores indefectibles el cielo de la patria hispana. Fecundo fué siempre el agro salmantino en letras divinas y humanas, como lo prueba el hecho de que es en esta Atenas de España donde únicamente conviven dos Universidades gemelas, «y entrambas a porfía—se mezcla una dulcísima armonía»... «de números concordés» de letras hebraicas y clásicas, «la música extremada—por sabia mano gobernada».

Por españoles y por católicos nos consagramos a esta empresa, difícil, pero factible con la ayuda de Dios y con la bendición de la Iglesia. Volvamos nuestra mirada al Vaticano. Grecia, Italia, España... Son las tres penínsulas del Mediterráneo, mar de luz, de la poesía y

de la música. En los extremos, Grecia y España, columnas que sostienen el arco de triunfo de la civilización sobre la barbarie. La clave sublime de ese arco triunfal es siempre Italia con la Roma sacra y eterna de todos los tiempos, los anteriores a Cristo y los del Evangelio. Allí está la Santidad de Pío XII, en quien se cumple la famosa profecía virgiliana, Tu regere imperio populos, Romane, memento. Pero los dirige hacia el que es «camino, verdad y vida» con el imperio de la armonía y de la gracia, según proclama la piedad de su nombre y la paz de su apellido; con la fecunda fusión de las letras divinas y humanas que muestran todos sus documentos. Ante sus plantas rendimos nuestro homenaje más profundo ya desde ahora y para siempre.

LA REDACCION.